

EL LEGITIMISTA

PERIÓDICO CATÓLICO-MONÁRQUICO

SE PUBLICA LOS SÁBADOS



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En toda España TRES meses. 2 pesetas
Extranjero.—Unión Postal UN año. 14 "
Ultramar y demás naciones, UN año. 12 "
Números sueltos. 10 céntos.

PAGOS ANTICIPADOS.

«El Catolicismo y el Liberalismo son sistemas de doctrinas y de procedimientos esencialmente opuestos; forzoso se hace, pues, reconocer, aunque cueste y amargue, que no se es íntegramente católico sinó en cuanto se es íntegramente antiliberal.»—Sardá y Salvany.—EL LIBERALISMO ES PECADO.—Aprobado por la S. C. del Índice.

CONDICIONES DE LA PUBLICACIÓN

Se suscribe: En la administración, Esenelas, 8, Imprenta de "El Progreso Industrial."
En Madrid, en la librería de D. Benito Perdiguero, San Martín, 3.
Anuncios: Por una vez 10 céntimos línea; por varias veces reclamos y comunicados á precios convencionales.
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES.

SECCIÓN RELIGIOSA

SANTORAL.

Sáb. 22.—Sta. Cecilia, S. Columbano y S. Filemón, mártir.
Dom. 23.—XXVI después de Pentecostés.—S. Clemente, papa y mártir, Sta. Lucrecia, virgen y Sta. Felicitá.
Lun. 24.—S. Juan de la Cruz, Sta. Flora y S. Crisógono.
Mar. 25.—Sta. Catalina, vig. S. Moisés y S. Gonzalo.
Miér. 26.—Los Desposorios de Nuestra Señora, y S. Pedro Alejandrino.
Juev. 27.—Sts. Virgilio, Facundo y Primitivo, mártires.
Vier 28.—S. Gregorio III, S. Valeriano y S. Estéban, abad.

Valdepeñas 22 de Noviembre de 1890.

ECONOMIAS CATÓLICO-LIBERALES.

Los católicos liberales se han empeñado en aparecer como tales por encima de toda consideración y atropellando todo género de obstáculos.

A tal extremo ha llegado la ofuscación de su inteligencia por los miasmas que exhalan, prefiriendo romper con las más rudimentarias nociones del sentido, á dejar de aparecer de lo que son dignos y capaces.

No se creen ellos dignos secuaces del insultador de Obispos, sino mistifican todos los actos de su vida, todas las determinaciones de su embrionaria inteligencia.

Los admiradores del repartidor del discurso de Morayta necesitan, para satisfacer su manía de mistificar, mostrarse mestizos, con riesgo á veces de perder la reputación entre sus mismos amigos vergonzantes.

No perdiendo la ocasión de firmar la nómina, no sienten perder ni las creencias que antes abrigaban, ni la consideración, aunque escasa, que todavía le conceden algunos incautos.

Ni les importa un ardite que la Religión pierda prestigio por los conflictos que ellos á cada paso la provocan.

Mientras puedan atrapar con la mano, que ninguno debia tener, los cuartos de fin de mes, nada les importa á estos individuos de la dignidad de la Iglesia, ni de los fueros de la Cátedra Sagrada, ni del prestigio de los Obispos á quienes maltratan y reducen á silencio cuando éstos predicán la verdad que tanto les duele.

Nada hay más respetable para los católicos liberales que los fueros de la nómina.

Es el único Dios que reconocen; la única entidad que consideran inviolable y capaz de excitar su ardor bélico hasta el punto de defenderla por todos los puntos imaginables.

Cuando es preciso hablar y defender á la Religión y la Patria oprimidas, enmudecen, pero hablan por los codos cuando se trata de hacer la apología de la nómina.

Es un espectáculo muy divertido oír hablar á un hipotético de su amor á la Religión, cuando todos justamente estamos convencidos de que son capaces de besar el pié á Mancine con tal de no perder la nómina objeto de sus más dulces amores.

Me divierte tanto este cuadro, como el oírles hablar de honor que no poseen.

Porque lo cierto es que este sentimiento es una carga pesadísima, incompatible con la ligereza.... de manos que necesita un liberal.

Por eso todos procuran desembarazarse pronto de ella.

En esto son muy económicas los católicos liberales. Todos procuran exhibir lo ménos posible el honor. No se parecen aquel diputado celeberrimo antes del motin de Alcolea.

En cuestiones de honor, nadie tan económico como un católico-liberal español.

No son tan amantes de economías en las cuestiones del presupuesto.

Cuando de este asunto se trata quieren multiplicar

los empleos y multiplicarse cada uno de ellos para firmar más nóminas y acaparar más destinos.

Esta es una manía que les perturba por completo la inteligencia y hasta tal punto se les oscurece, que no les repugna ni las alianzas más inverosímiles, ni las coaliciones más monstruosas.

Por eso pretenden hermanar el Syllabus con la base II al calor del presupuesto.

Cuando se cierran los presupuestos con un horrible Déficit, imitando al Sr. Fabié, no les asusta el aumentar los gastos.

En este punto coincidirán las inteligencias católicas-liberales con el mismo Rochefort, siempre que en provecho suyo redundaran.

Lo malo es, que se encuentran con la realidad del señor Cos, que, nuevo Cancervero, les cierra las puertas del presupuesto que pretenden asaltar.

¡Pais que pagas, así te tratan los católicos-liberales!

No solo te abochornan y bofetean y ultrajan tu sacrosanta Religión, sino que te arruinan, y se asocian con un krausista cualquiera para crear nuevos destinos, nuevas carcomas, que abran tus arcas en provecho de ellos.

¡Mestizos!

Muchas vais haciendo.

Cerca está el día de vuestra expiación.

El pais os juzgará como mereceis. ¡Ay de vosotros el día, ya próximo, de vuestro derrumbamiento ignominioso!

PABLO MARÍN Y ALONSO.

CARTA DE VENECIA.

15 de Noviembre de 1890.

Más de dos semanas van trascurridas desde que principiaron á recibirse en el palacio Loredán las felicitaciones por el día de San Carlos, y á la fecha de hoy continúan llegando todavía entusiasta y numerosas, por haberse retrasado en muchos puntos, á causa de conveniencias locales, las funciones religiosas, los banquetes y los festejos destinados á conmemorar aquel día tan caro para todos los carlistas.

Si el amor de sus pueblos es la mejor corona de los reyes, sobre todo cuando ese amor se manifiesta y afirma en la desgracia, sin esperanza de inmediata recompensa, nada tiene que envidiar Carlos VII á los monarcas que están en el trono, excepto la inmensa dicha de poder consagrar la existencia, en toda la medida de sus deseos, á fomentar la prosperidad y grandeza de la patria.

Las noticias que llegan de España sobre preparativos electorales son excelentes. Puede ya darse por seguro que nuestra comunión representará brillante papel en Cataluña, en Navarra, en Guipúzcoa, en Mallorca, en Alava, en la Mancha, en la Rioja y en Castilla. No pienso que comarcas tan carlistas y de historia tan admirable como Aragón, Vizcaya y Valencia se queden á la zaga, é indudablemente todas harán honor á sus tradiciones; pero me limito á citar las que positivamente dan desde ahora la certeza de conducirse como lo que son.

Los que ya principiamos á dejar de ser jóvenes no podemos menos, al evocar nuestros recuerdos, de maravillarnos por la semejanza que ofrece para la causa carlista la época actual con la de los años 1868 y 1869. En una y en otra hay un evidente despertar de nuestras fuerzas, algo que se siente mejor que se explica, pero que da la convicción de que nos hallamos próximos á la aurora de un día decisivo, con la notable diferencia de que el despertar de entonces era despertar de niño, todo entusiasmo exuberante, mientras que el de hoy es despertar de hombre, entusiasmo reflexivo y previsor.

Los que en aquella fecha, relativamente lejana, teníamos el honor de manejar ya la pluma en defensa de nuestra causa inmortal, podemos darnos cuenta, acaso mejor que nadie, de todo lo que hay de consolador en esa semejanza y de más consolador todavía en esa diferencia.

Milagros puede decirse que llevó á cabo entonces lo que hemos convenido en llamar el partido carlista, á pesar de hallarse más bieu soldados que verdaderamente fundidos en aquella sazón los elementos que le eran propios y tradicionales, su herencia paterna, por decirlo así, con los elementos de aluvión que echó en sus moldes el torrente revolucionario, al romper los falsos diques que le retenían.

¡Cuánto mayores y cuánto más fecundos pueden ser hoy, y serán sin disputa, esos milagros, cuando la fusión se ha verificado al calor de veinte años de guerras, de traiciones, de desengaños y de luchas, depurándose todos los elementos y quedando nuestro partido, digámoslo así, todo de una pieza, sin que le falte prueba alguna que atravesar.

Añádase á esto que aquel entusiasmo noble y generoso, pero nada más que intintivo por nuestro joven Rey, se ha transformado en verdadera y consciente veneración por sus cualidades y por su entereza, y en gratitud profunda por su constancia. Entonces se le obedecía con amor y prontitud, porque era el Rey y podía mandar. Hoy se le obedece con igual prontitud, con amor idéntico, pero, además con la inmensa fe que causa la persuasión de que sabe mandar.

Per eso en las futuras elecciones no habrá ni desconfianzas fuera de lugar, ni optimismos exagerados, y por eso todos nuestros amigos se han compenetrado de tal suerte del pensamiento soberano, que no habrá sutilezas ni celadas que les hagan desconocer cuáles son los límites, cuál el alcance y cuál la significación de la lucha.

No vamos á una batalla decisiva; no vamos siquiera á un recuento de fuerzas; no vamos á luchar en las elecciones por las elecciones, ni por nada que con ellas se relacione, ni á buscar en ellas lo que evidentemente no pueden dar, ni han dado, ni dirán nunca. Vamos á hacer acto de obediencia y alarde de disciplina sencillamente. Y aún eso sin mover todas nuestras masas, sin echar el resto, como vulgarmente se dice.

Somos un ejército en pacífica maniobra, del cual el general en jefe destaca las fuerzas que le parecen para que efectúen éste ó el otro movimiento, y darse cuenta de la rapidez y precisión con que obedecen.

A eso vamos, y las fuerzas designadas tienen la obligación de no perdonar medio, como no perdonarán, para salir airosas, que después del simulacro Dios y el Rey dispondrán del verdadero ejército.

Elocuencia de los contrastes.

Esta semana llegaban á Venecia los documentos oficiales, testigos irrecusables del ensañamiento, y puede decirse de la feroz complacencia con que en Madrid se denigra á Peral por el delito de haber soñado en engrandecer á su patria, y esta semana se colocaba en uno de los salones del palacio Loredán el retrato del ilustre marino, dentro ya del elegantísimo marco alegórico, que, según dije hace meses, había ordenado el Duque de Madrid.

El retrato, admirablemente pintado al óleo, es obras de un aventajadísimo compatriota nuestro, residente en Roma, que, conocedor del ardiente españolismo de D. Carlos, quiso hacerle este obsequio, sabiendo que pocos le serian tan gratos.

El marco, ideado por Gasparini, consiste en un timón de rueda, en cuyo centro encaja la pintura, rodeado de atributos náuticos, y en el hierro esculpidos los nombres de los tripulantes del submarino.

Si el atribulado inventor pasa los ojos por esta línea, sepa que fuera de la España geográfica hay un pedazo de España donde no se rinde culto al dios éxito, y donde los hombres se miden por la grandeza de su alma.

Y en ese rincón tan español no se prejuzga si Peral resolvió victoriosamente uno, ó muchos, ó ninguno de los múltiples problemas cuyo estudio había acometido; pero se sabe que los había estudiado con ciencia profunda, con laboriosidad incansable, con la mente y el corazón puestos en la grandeza de su madre la patria, y se saluda en él á un hijo digno de la predilección de esa madre.

Levante el corazón y no desmaye. Vencido momentáneamente, inspírese en la fe indomable que alienta en el otro gran vencido del palacio Loredán, y no ol-